

Thénardier prosiguió diciendo :

— Forzar la puerta es imposible. Y sin embargo, es preciso que salgas de aquí.

— Es verdad, dijo Juan Valjean.

— Pues bien, hagamos dos partes.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Tú has matado al hombre; bien. Pues yo tengo la llave.

Y al decir esto, Thénardier indicaba á Marius con el dedo. En seguida añadió :

— Yo no te conozco, pero quiero ayudarte. Tú debes ser un amigo.

Juan Valjean empezó á comprender. Thénardier le tomaba por un asesino.

Thénardier repuso aún :

— Escucha, camarada. Tú no has matado á ese hombre sin mirar lo que él tenía en sus bolsillos. Dáme la mitad, y te abro la puerta.

Y medio descubriendo por debajo de su blusa, toda agudada, una enorme llave, añadió :

— ¿Quieres ver cómo está construida la llave de los campos? Héla aquí.

Juan Valjean « quedó como estúpido, » la frase es del viejo Corneille, en términos de poner en duda que lo que estaba viendo fuese una realidad. Era la Providencia que se le aparecía, con figura horrible, el ángel bueno saliendo de la tierra bajo la forma de Thénardier.

Thénardier metió el puño en un ancho bolsillo oculto bajo su blusa, sacó de él una cuerda y se la alargó á Juan Valjean.

— Ten, le dijo, ya ves, á mayor abundamiento, te doy la cuerda.

— ¿Para qué necesito yo esta cuerda?

— Y una piedra necesitas también, pero ahí fuera

hallarás. Hay un monton de escombros ahí al lado.

— ¿Y para qué también una piedra?

— Majadero, puesto que vas á echar al río tu mulé ¹, claro es que necesitas una cuerda y una piedra, sin la cual quedaria flotando sobre el agua.

Juan Valjean tomó la cuerda. No hay nadie que no tenga de estas aceptaciones maquinales.

Thénardier se hizo estallar los dedos, como á la llegada de una idea súbita.

— Ah pero, camarada, ¿cómo te las has compuesto para atravesar la hondonada que está allá lejos? yo no me he atrevido á arriesgarme. ¡ Puf! es que no echas muy buen olor.

Y despues de una pausa añadió :

— Yo te dirijo preguntas, pero tú haces bien en no responderme. Es un aprendizaje para el fastidioso cuarto de hora del juez de instruccion. Y sobre todo, no hablando nada absolutamente, nunca se arriesga el hablar demasiado alto. De todos modos, porque yo no vea tu cara ni conozca tu nombre, harás mal en creer que no sé quién eres y lo que quieres. Eso por sabido se calla. Tú has mulabao ² un poco á este señor que traes aquí; y ahora quisieras hallar algun bujio ³ donde meterle. Lo que te conviene es el río, que es el gran trágalo-todo. Yo te sacaré del apuro. Ayudar á un buen amigo en sus lances apurados es cosa que á mí me pesquivara but ⁴.

Al mismo tiempo que aprobaba el silencio de Juan Valjean, era evidente que él procuraba hacerle hablar por todos los medios posibles. Dióle un empujon en el hombro, con el objeto de facilitar el verle de perfil, y exclamó sin que

¹ Cadáver.

² Matado.

³ Escondite.

⁴ Me agrada mucho.

excediera sin embargo los límites en los cuales procuraba él siempre mantener el tono de su voz:

— Á propósito de la hondonada, ¡ valiente
¿ Por qué no arroja allí ese hombre?

Juan Valjean guardó silencio.

Thénardier añadió, elevando hasta la nuez de Adán el pingajo que le servía de corbata, gesto que completa el tono de capacidad de un hombre grave:

— En realidad, tal vez has obrado cuerdamente. Los obreros que vendrán mañana á tapar ese hoyo, habrían hallado sin duda al *pantinois* olvidado allí, y por el hilo habrían sacado el ovillo y descubierto la huella, hasta llegar á ti. ¿ Alguien ha pasado por la alcantarilla. ¿ Quién será? ¿ por dónde habrá salido? ¿ le han visto salir? La policía es sagaz como un diablo. Las alcantarillas son traidoras y nos delatan. Un hallazgo así es una rareza, es cosa que llama la atención, porque son pocas las gentes que se sirven de las cloacas para sus negocios, mientras que el río pertenece á todo el mundo. El río es la verdadera fosa. Al cabo de un mes, le pescan á usted su hombre en las riberas de Saint-Cloud. Y bien, ¿ qué le hace eso? no importa dos cominos; ¡ una carroña más! y se acabó la cuestión. ¿ Quién ha matado á este hombre? París. Y ni siquiera la justicia informa. Has hecho bien.

Cuanto más locuaz se mostraba Thénardier, más mudo estaba Juan Valjean. Thénardier le sacudió de nuevo el hombro.

— Ahora, concluyamos el negocio, dijo. Partamos. Ya has visto tú mi llave, enséñame tu dinero.

Thénardier estaba rudo, zahareño, salvaje, siniestro, un tanto amenazador, y sin embargo amistoso.

Sucedía una cosa bastante extraña; los modales de Thénardier no eran sencillos; no tenía él trazas de estar muy tranquilo y satisfecho; sin afectar un tono misterioso, pro-

curaba hablar en voz baja; de vez en cuando ponía el dedo en sus labios y murmuraba: ¡ chiton! Era difícil adivinar por qué. Allí no había nadie más que ellos dos. Juan Valjean creyó que tal vez habría otros bandidos ocultos por allí en algún recodo, no muy léjos, y que Thénardier no quería hacerlos entrar á la parte.

Thénardier añadió:

— Concluyamos. ¿ Cuánto tenía el mulé en sus potosias?
Juan Valjean se registró sus bolsillos.

Segun recordará el lector, tenía él la costumbre de llevar siempre dinero consigo. La vida sombría y de continuo expediente á la cual se hallaba condenado le hacía de ello una necesidad. Mas esta vez sin embargo se vió cogido al desprovisto. Al ponerse, la noche ántes, su uniforme de guardia nacional, lúgubramente absorto cual se hallaba, se olvidó de tomar su cartera. De modo que sólo tenía algunas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco. Dió vuelta á este bolsillo, todo empapado en cieno, y depositó sobre la banqueta del zampeado un luis de oro, dos monedas de cinco francos y cinco ó seis monedas de cobre.

Thénardier avanzó el labio inferior con una contorsion de cuello significativa.

— Por bien poca cosa lo has matado, si no es más que eso, dijo.

Y en seguida se puso á palpar, con toda familiaridad, los bolsillos de Juan Valjean y los de Marius. Juan Valjean, preocupado como él se hallaba principalmente de tener la espalda vuelta á la luz, le dejaba hacer lo que quisiera. Mientras que manoseaba el frac de Marius, Thénardier, con una destreza de verdadero escamoteador, halló medio de arrancar de él, sin que lo notara Juan Valjean, un pedazo, que ocultó al punto bajo su blusa, pensando probablemente que aquel fragmento de paño podría servirle más adelante para reconocer al hombre asesinado y al ase-

sino. Por lo demas, no encontró ninguna otra moneda que los treinta francos.

— Y es verdad, dijo, entre uno y otro, no tenéis nada más que esto.

Y olvidando su propuesta de : *hagamos dos partes*, lo tomó el todo para sí.

Vaciló un poco ante las monedas de cobre; pero despues de rellexionarlo un instante, las recogió tambien refunfuñando :

— ¡ No importa ! esto es marar ¹ á la gente demasiado barato.

Hecho esto, volvió á sacar de nuevo la llave debajo de la blusa.

— Ahora, amigo, es menester que salgas. Aquí es como en la feria se paga al salir. Tú has pagado, sal.

Y se echó á reir.

Al prestar á un desconocido el auxilio de aquella llave, y al hacer salir por aquella puerta á otra persona que á él, ¿ tenía la intencion pura y desinteresada de salvar á un asesino ? Hé aquí lo que, á nuestro juicio, es permitido dudar.

Thénardier ayudó á Juan Valjean á volver á colocar á Marius sobre sus hombros, y en seguida se dirigió hácia la verja sobre la punta de sus piés descalzos, haciendo seña á Juan Valjean de que le siguiera, miró hácia la parte defuera, se puso el indice en la boca, y permaneció algunos segundos como en suspenso; una vez hecha la inspeccion, aplicó la llave á la cerradura. El pestillo corrió y la puerta giró sobre sus goznes, sin que se dejara oír el menor crujido ni rechino. Esta operacion se efectuó muy suavemente. Veíase bien que aquella verja y aquellos goznes, bien untados de aceite y con el mayor esmero y disímulo, se abrian con más frecuencia de lo que se hubiera podido creer á primera

¹ Asesinar.

vista. Aquella suavidad era siniestra; vislumbrábanse allí las idas y venidas furtivas, las entradas y salidas silenciosas de los hombres nocturnos, y los pasos de lobo del crimen. La alcantarilla estaba evidentemente en complicidad con alguna banda misteriosa. Aquella verja taciturna era una encubridora.

Thénardier entreabrió la puerta, en términos que diese paso justamente á Juan Valjean, cerró de nuevo la verja, dando dos vueltas á la llave en la cerradura, y volvió á sumergirse en la oscuridad, sin hacer más ruido que un soplo. Diríase que andaba con la suave y delicada pata del tigre. Un momento despues, aquella horrible providencia habia vuelto á penetrar en lo invisible.

Juan Valjean se hallaba fuera.

formaban en la inmensidad otros tantos fulgores imperceptibles. Aquel crepúsculo desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las gracias serenas y apacibles del infinito.

Era esa hora indecisa y exquisita que ni dice sí, ni dice no. Había ya bastante noche para que pudiera uno perderse de vista á cierta distancia, y bastante día aún para que pudiera ser reconocido de cerca.

Durante algunos segundos, Juan Valjean se mantuvo irresistiblemente como vencido por toda aquella serenidad augusta y cariñosa; hay así ciertos momentos de olvido; el sufrimiento renuncia á hostigar al desgraciado: todo se eclipsa en el pensamiento; la paz cubre al soñador como una noche; y bajo el radiante crepúsculo, y á imitación del cielo que se ilumina, el alma se hiende y se abre. Juan Valjean no pudo ménos de contemplar aquella vasta y clara sombra que tenía sobre él; permaneció pensativo, tomando en el majestuoso silencio del cielo eterno un baño de éxtasis y de oración. En seguida, de súbito, como si renaciera en él en aquel instante el sentimiento de un deber, se inclinó hácia Marius, y, tomando un poco de agua del río en la palma ahuecada de su mano, le esparció suavemente algunas gotas en la cara. Los párpados de Marius no se movieron; sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Iba Juan Valjean á introducir segunda vez la mano en el río, cuando de repente sintió cierta especie de empujón, como en esas ocasiones en que, sin verle, tiene uno á alguien detras de sí.

Ya hemos indicado en otra parte esta impresión, que todo el mundo conoce.

Miró hácia atrás.

Como pocos momentos ántes, alguien en efecto estaba á espaldas de él.

IX

MARIUS APARECE COMO MUERTO Á PERSONA QUE LO ENTIENDE

Dejó caer á Marius con el mayor cuidado sobre el ribazo.
¡Ya estaban fuera!

Los miasmas, la oscuridad, el horror, los dejaba ya á la espalda. El aire salubre, puro, viviente, alegre, libremente respirable, le circundaba y le inundaba. El mayor silencio reinaba en derredor suyo, pero era el grato silencio del sol poniente en pleno azul del firmamento. Era el crepúsculo; y la noche se acercaba, la noche, esa grande libertadora, amiga de todos los que necesitan un manto de sombra para salir de una agonía. El cielo ofrecía por todas partes una gran calma. El río llegaba á sus pies con el ruido de un beso. Oíase el diálogo aéreo de los nidios que se daban las buenas tardes en los olmos de los Campos Eliseos. Algunas estrellas, moteando débilmente el pálido azul del zenit, y sólo visibles al sueño que zehira

Un hombre de elevada talla envuelto en un largo leviton, con los brazos cruzados, y empuñando en su derecha una macana cuyo pomo plumizo se dejaba ver por encima de la mano, estaba de pie á pocos pasos detras de Juan Valjean, que se hallaba inclinado sobre Marius.

Con el auxilio de la sombra, aquel hombre era una especie de aparicion. Un hombre sencillo habria tenido miedo á causa del crepúsculo, y un hombre reflexivo á causa del garrote con empuñadura de plomo.

Juan Valjean reconoció al punto á Javert.

El lector ha adivinado sin duda que el ojeador ó perseguidor de Thénardier no era otro que Javert. Despues de su inesperada salida de la barricada, Javert se fué derecho á la prefectura de policía, y en una corta audiencia dió verbalmente al prefecto en persona cuenta exacta de lo que le habia pasado; en seguida recobró sin demora su servicio, el cual implicaba, — segun recordará el lector por la nota que llevaba consigo y que le cogieron los de la barricada, — cierta vigilancia del ribazo de la orilla derecha, hácia los Campos Eliseos, paraje que hacia ya algun tiempo habia fijado la atencion de la policía. Allí fué donde vió á Thénardier y le siguió á la desfilada. Lo demas es ya cosa sabida.

Compréndese tambien que aquello de abrir tan obsequiosamente la verja á Juan Valjean era una habilidad de Thénardier. Thénardier barruntaba que Javert continuaba siempre allí en acecho; el hombre acechado tiene un olfato que rara vez le engaña; era menester arrojar un hueso á aquel podenco. Un asesino, ¡qué buena fortuna! Era la parte sacrificada para salvar el resto del incendio, parte que no debe rehusarse jamas. Lanzando afuera á Juan Valjean en su lugar, Thénardier daba una buena presa á la policía, la hacia abandonar su propia pista, se hacia él olvidar ante una aventura mucho más importante, recompensaba á Javert por su larga espera, lo que siempre lisonjea á un

espía, ganaba treinta francos, y contaba, por su parte, escapar á beneficio de esta oportuna diversion.

• Juan Valjean habia pasado de un escollo á otro.

Aquellos dos encuentros, uno tras otro, caer de Thénardier en Javert, era una cosa ruda en extremo.

Javert no conoció á Juan Valjean, quien, como hemos dicho ántes, no se parecia ya á sí mismo. No descruzó siquiera los brazos, aseguró su macana en el puño, por medio de un movimiento imperceptible, y dijo con voz breve y reposada :

— ¿Quién es usted ?

— Yo.

— ¿Quién su nombre ?

— Juan Valjean.

Javert sujetó su macana entre sus dientes, plegó las corvas, inclinó el torso, clavó sus robustas manos sobre los hombros de Juan Valjean, encajándolas como en dos tornos, le examinó, y le reconoció. Casi se tocaban sus rostros. La mirada de Javert era terrible.

Bajo el estrujon de Javert, Juan Valjean quedó inerte, como un leon que consintiera en las garras de un lince.

— Inspector Javert, dijo, me tiene usted á su disposicion. Por otra parte, desde esta mañana, me considero como prisionero de usted. No le he dado yo las señas de mi domicilio para tratar de evadirme. Préndame usted, pues. Sólo le pido que me conceda una cosa.

Javert parecia no oír nada de lo que se le decia; y continuaba fijando su pupila en Juan Valjean. Su barba fruncida le empujaba los labios hácia la nariz, signo de feroz delirio. Por fin soltó á Juan Valjean, se enderezó en un solo tiempo, volvió á empuñar su macana, y, como en un sueño, murmuró más bien que pronunció esta pregunta :

— ¿Qué hace usted aquí ? ¿ y qué viene á ser ese hombre ?

Continuaba hablando á Juan Valjean sin tutearle.

Juan Valjean respondió, y el sonido de su voz pareció despertar á Javert :

— De él precisamente es de quien quería yo hablar á usted. Disponga de mí como guste; pero ayúdeme usted antes á conducirme á su casa. Nada más que esto le pido.

El semblante de Javert se contrajo, como le sucedía siempre que se le pudiera creer capaz de una concesión. Sin embargo, no dijo que no.

Se inclinó nuevamente, sacó de su bolsillo un pañuelo que mojó en el agua y limpió con él la frente ensangrentada de Marius.

— Este hombre estaba en la barricada, dijo á media voz, y como si hablara consigo mismo. Es aquel á quien llamaban Marius.

Espía de primera calidad, que todo lo había observado, todo lo había escuchado, todo lo había oído y recogido, creyendo sin embargo que iba á morir; que espiaba hasta en la agonía, y que, puesto de codos sobre la primera grada del sepulcro, había tomado notas y apuntes allí mismo.

Tomó la mano de Marius, buscando el pulso.

— Es un herido, dijo Juan Valjean.

— Es un muerto, repuso Javert.

Juan Valjean respondió :

— No. Todavía no.

? — Conque usted le ha traído desde la barricada hasta aquí? observó Javert.

Bien era menester que su preocupación fuese profunda para que él no isnisitese en este extraño é inquietante salvamento por medio de las alcantarillas, y para que ni siquiera notase el silencio de Juan Valjean despues de su pregunta.

Juan Valjean, á su vez, parecia dominado por un pensamiento único y añadió :

— Habita en el Marais, calle de las Filles-du-Calvaire, en casa de su abuelo... Ya no me acuerdo del nombre.

Se puso á registrar en el frac de Marius, sacó del bolsillo su cartera, la abrió por la página en la cual había escrito Marius con lápiz su última recomendación, y se la pasó á Javert.

Aún había en el aire bastante claridad flotante para que se pudiera leer. Además Javert tenía en sus ojos la fosforescencia felina propia de las aves nocturnas. Descifró en seguida las pocas líneas escritas por Marius, y refunfuñó :

— Gillenormand, calle de las Filles-du-Calvaire, n.º 6.

En seguida gritó : — ¡ Cochero !

Ya sabemos que había allí un fiacre esperando. por si acaso se le necesitaba.

Javert se guardó la cartera de Marius.

Un momento despues, el coche bajaba por la rampa del abrevadero, y se hallaba sobre el ribazo. Marius fué depositado sobre la banqueta del fondo, y Javert se sentó junto á Juan Valjean en la banqueta delantera.

Cerrada la portezuela, el coche se alejó rápidamente, subiendo por los muelles en la dirección de la Bastilla.

Dejaron los muelles y penetraron en las calles. El cochero, negra sombra instalada en su asiento, daba de latigazos á sus demacrados caballos. Silencio glacial en el fiacre. Marius, inmóvil, con el torso respaldado en el rincón del fondo, la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos colgando, las piernas rígidas, parecia no esperar ya más que un féretro ; Juan Valjean parecia hecho de sombra, y Javert de piedra ; y en aquel carruaje lleno de nieblas, cuyo interior, cada vez que pasaba delante de un farol, aparecia lividamente palidecido como por un relámpago intermitente, la casualidad reunía y parecia confrontar hábilmente las tres inmobilidades trágicas, el cadáver, el espectro, la estatua.

X

EL HIJO PRÓDIGO DE SU VIDA VUELVE Á LA CASA PATERNA

Á cada traqueo del empedrado, caía una gota de sangre de los cabellos de Marius.

Era ya noche oscura cuando el fiacre llegó al número 6 de la calle de las Filles-du-Calvaire.

Javert se apeó el primero, dirigió una mirada al número de la casa sobre el portal, para asegurarse de que era el que buscaban, y levantando el grueso picaporte de hierro batido, historiado á la moda antigua, con un macho cabrío y un sátiro mirándose de frente, sacudió un golpe violento. La puerta se entrebrió, y Javert la empujó. El portero enseñó la mitad de la cara, bostezando, vagamente despierto, y con una vela de sebo en la mano.

Todo el mundo estaba durmiendo en la casa. En el *Maraís* se acuestan temprano, sobre todo en los días de revuelta. Asustado por la revolución, aquel antiguo y pa-

cible barrio se refugia en el sueño, á la manera que los niños, cuando oyen decir que viene el Coco, se tapan al instante la cabeza bajo la colcha de la cama.

Entre tanto Juan Valjean y el cochero sacaban á Marius del coche, Juan Valjean sosteniéndole por bajo de los sobacos y el cochero por las corvas.

Mientras que conducía á Marius de esta manera, Juan Valjean introdujo la mano bajo sus ropas, que se hallaban rasgadas en mil pedazos, le tentó el pecho y se aseguró de que aún le latía el corazón. Y aún latía con alguna menos debilidad, como si el movimiento del carruaje hubiera determinado cierta resanimación de la vida.

Javert interpelló al portero con el tono que conviene al gobierno en presencia del portero de un faccioso.

— ¿Un tal Gillenormand?

— Aquí es. ¿Qué le quiere usted?

— Le traen su hijo.

— ¿Su hijo! dijo el portero con ademán estúpido.

— Le traen muerto.

Juan Valjean, que venía todo roto y manchado, detras de Javert, y á quien el portero miraba con cierto horror, le hizo un signo negativo con la cabeza.

El portero pareció no comprender la frase de Javert, ni tampoco el signo de negación que le hizo Juan Valjean.

Javert continuó:

— Se fué á la barricada, y hé aquí las resultas.

— ¡Á la barricada! exclamó el portero.

— Y se ha hecho matar. Vaya usted á despertar á su padre.

El portero no se movía.

— ¡Vaya usted pronto! repitió Javert.

Y despues añadió:

— Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert, los incidentes habituales de la via pú-